

A sus hijos correr, y de sus hijos
A la posteridad, bien cual herencia
Por abolenga sucesion seguida,
En lo más vivo de mi aquel encarna.
¿Quién másculo valor y quién aguante
En el mundo tendrá para sufriros
Tanto, tanto plañir! No retrocedo,
No me arrepiento: pronunció la lengua
Lo que veraz el corazón dictara.

¿Y eres romano tú? ¿No te confunde
El nombre solo del excelso Bruto,
De Scévola, de Céciles y de tantos
Que tu patrio esplendor esclarecieron?
«Blando, sensible corazón me dieron,
(Oigo que dices) las suaves Musas,
Penetrable de amor á las saetas,
Y el poderoso dios del armonía,
Su lira y núnmen y divino canto.»

Y yo, Nason, la pródiga riqueza,
La fluidez, facilidad, dulzura....
Con que naturaleza prodigiosa
Ornó tu creadora fantasía,
Arrebatado y reverente adoro.
Adórote, enemigo de Mavorte,
Y amarrado á la concha de Citéres,
Tiernísimo cantor de los placeres.

Muy bien que Céciles ni que Bruto seas;
Pero ¡lloron!.... Por más que á defenderte
Apercibido estás, tu débil culpa
Confesarás al fin. ¿Acaso ignoras
Que entre el esfuerzo colosal de aquéllos
Y tu debilidad desalentada
Median mil grados, que ni allá te suban
Ni te bajen acá? De hombre yo busco
En tí la dignidad; en tí de fembra
El abatido suspirar encuentro.
Altamente mi honor ofenderías
Si tus quejosas humillantes preces
Con mi silencio comparar quisieras.
Yo soy, á no dudarlo, soy hispano;
Y tú.... degeneraste de romano.

Para que deslumbrado no porfies,
De los dos oye la fatal historia.
Los ojos (dóyte crédito) y el *Arte
De amar* (de seducir mejor dirías)
De tus desgracias el origen fueron.
Error, no crimen: por error no juzgo
Que César, á quien *justo, Dios, clemente,*
A dos carrillos sin vergüenza llamas,
Al Ponto deportado te lanzase.
¿Inadvertencia fué? ¿por qué publicas
Que su divina cólera irritastes,
Que su divino núnmen ofendistes,
Que su clemencia tus delitos vencen,
Y que la pena con razón te alcanza?
¿Y aquello, Publio, que tenaz entregas
Al silencio eterno!.... ¿Qué tal sería,
Qué tal tu confusión, cuando tú mismo,
Tan fértil en fingir, y las ajenas
Culpas en propagar tan suelto y fácil,
De decirlo solícito rehuyes!

¿En qué contradicción te precipitas
Al referir tus lamentables cuitas!
Y bien, esos delitos aparentes,
¿Qué judiciales trámites corrieron?
¿En qué prisiones tú, Nason, gemiste?
¿Qué esbirro te insultó? ¿Qué juez furioso
Acrecentó tu mal? ¿Fuiste la burla
Del siervo? ¿Fuiste del grosero alcaide
Tratado sin piedad? Al fin quedaste
Estremecido al ver su rostro informe,
Su ceño matador.... ¡Ah, cuál envidia
Tus privilegios, infeliz Ovidio!

Llegó, llegó de tu fatal ausencia
La maldecida aurora. Desfalleces
Postrado; quedas de tu vida incierto,
Cual si tocado por el rayo fueras.
En el acceso del dolor, olvidas
Lo que llevar al prófugo conviene.
Preséntase tu esposa, desgredada,
Enrédase en tus brazos como hiedra,
Las lágrimas, los ayes se confunden,

Dolientes gritos por la casa giran,
Como si Troya ardiese.... Marchas, tornas,
Clávase en el umbral tu pié tardío....
Es forzoso partir: gimoteando
Arrancas; cadavérico en la nave
Asciendes, niegas á la luz tus ojos;
Recíbete colérico Neptuno,
Salta la tempestad, el viento ruga.
¡Qué temblor! y ¡cuál dios no fatigaste
Con votos, con plegarias? Entre getas
Gimiendo estás en el Euxino Ponto;
Pero *non exul*: que tu Dios excelso,
Volviéndote, benéfico, los bienes,
Así dijo: «Nason, el nombre angusto,
El derecho también de ciudadano,
Yo quiero que entre sármatas y getas,
Para solaz, tu corazón abrigue....»
Tu historia referí; la mía sigue.

Después que el revoltoso de la Europa,
Con pretexto de paz y de alianza,
Introdujo en mi patria combatida
Sus bélicas falanges engañoso,
Tamaño sinrazon y alevosía
Vengar los españoles deseando,
Parte abandonan sus queridos lares,
Y mientras unos en las áridas breñas,
Do nunca fué la libertad hollada,
Dispónense á la lid desesperados,
Otros, buscando el gaditano asilo,
Vieron la patria renacer, y alzarse
Vieron al fin el español gobierno.

Las Cortes, instalándose, declaran
Nuestros derechos, que con grave pompa
En presencia de Dios omnipotente
Alegre jura mi nación. Al punto,
Altamente sintiéndome inflamado,
A mi patria dador, en amigable
Sociedad de tres sabios patriotas (1),
Afanoso divulgo mis ideas,
Las suyas ellos; *El Concilio* nace;
Así nuestro papel apellidamos....
De su celebridad, ¡ay! ¿quién diría
Que mi funesta perdición vendría!

Después del más atroz dudoso Marte,
La espléndida victoria nos halaga,
Y del suelo español, horrible, inculto,
De ruinas, de cadáveres cubierto,
Lanzamos con valor los asesinos.
Luego, luego á Madrid, hispana corte,
Patria común, con el triunfante lauro
Volvemos; ¡con qué placida alegría
Nuestros hermanos fieles nos abrazan!
Allí las Cortes van, allí el Gobierno
Con indecibles vitores y aplausos.
Nosotros escribiendo proseguimos (2),
Y nuestra ruina próxima no vimos.

En esto de las Galias se presenta
Nuestro cautivo rey, el cual, entrando
Con guerreras innúmeras legiones,
Todo, todo colérico destruye.
Viérase entonces (con dolor prosigo)
A no pocos sacrilegos mofarse
Del juramento que prestado habian,
Al interés estúpido venderse,
Contra una piedra ensangrentarse, locos,
Y con más frenesí, más inhumano,
El tiempo renovarse de Seyano.

Todo es horror y confusión. Ninguno
Seguridad encuentra; las pesquises
Agólpanse; sangrientas delaciones

(1) Los franceses me tuvieron preso en la cárcel de Corte, año de 1809, por no querer seguir su partido y por unos versos que di á luz contra ellos y su emperador; confinaronme á Francia, para donde salí desde el Retiro entre bayonetas. Encerraronme en un pabellón de la ciudad de Pamplona, y á los veinte y cuatro días conseguí bajar á la ciudad en calidad de preso ó prisionero de Estado. De allí me escapé con otros, habiéndonos antes intimado la pena capital si, fingidos, fuésemos aprehendidos. Medio año tardé en llegar á Cádiz, por las dificultades del camino, y mes y medio antes de la instalación de las Cortes. Esto lo tengo escrito en unos versos impresos en Cádiz.

(2) En Madrid fui coeditor del periódico *El Ciudadano*. No tengo yo parte en *El Concilio* publicado en la corte, y sí en el de Cádiz.

Acometen; los odios ¡ay! reviven;
La venganza, con alas espantosas,
Va persiguiendo, persiguiendo vuelve,
Sin saciarse jamas; hablar, delito;
Sospechoso, mirar; del hijo el padre,
Del amigo el amigo desconfía....
¡Oh vil degradación! Por donde quiera
Escúchase «Prision»; «Prision» la casa,
«Prision» la gruta, cóncava responde;
Todo hierve en prision. De malhadados
Las anchurosas cárceles se llenan,
Y no bastan (1). Sepúltame la cárcel,
En el furioso torbellino envuelto.
Y aunque víctimas somos de la chusma,
Su rabioso rencor no se mitiga.

Antes bien con el éxito orguloso,
Cobran nuevo vigor y nueva audacia,
Cual Vulcano en las áridas aristas,
Sobre las alas de Aquilon volando.
Herejes y judíos y traidores,
Del altar enemigos y del trono,
Con grita que los vientos estremece,
En las calles y templos nos pregonan (2),
Y en las calles y templos de consuno,
En los sagrados templos, á presencia
Del Dios que paz, fraternidad, concordia
Y reconciliación, perdon de injurias....
A los ungidos, á los Cristos manda;
Sangre fulminan y espantoso fuego.
Por manera que plazas, templos, calles
Transformados se ven como á porfía
En bárbara y atroz carnicería.

Y sigue la crueldad. Para quitarnos
El auxilio y solaz de los amigos,
La voz temible por Madrid extienden
Que so pretexto de amistad sincera,
De tierna compasión, en las prisiones
Escúrrense los pérfidos espías,
Cual serpiente letal por entre rosas,
Y algunos, so color de criminales,
Con nosotros están encarcelados.
Entonces, de temor sobreogidos,
Aquéstos las visitas escasean,
Aquéstos, cual de peste recelosos,
Nuestro comercio débiles evitan,
Y no faltó, amistad, quien te negase.
Cátame en triste soledad y mudo,
Y de mis compañeros fugitivo.
De horrores por dos años molestado,
Resisto audaz, con varonil pujanza,
De vendidos espías rodeado.

Mas ¡oh favor del poderoso cielo!
El delicado sexo, las bellezas
Impávidas rompiendo las prisiones,
Espías y peligros afrontando,
Con sus amables gracias y ternura,
Con su placida vista nos recrean,
Consoladoras el pesar acallan....
Y fué la negra cárcel de improvisio
Convertida en celeste paraíso.

Si al rápido volver del tiempo avaro,
Que voraz todo en el olvido esconde,
Pluguere perdonar los versos míos,
Abrazado mi nombre con el vuestro,
De siglo en siglo volarán perennes,
¡Oh sexo encantador! y las tardías
Edades, al venir, vuestras virtudes,
Vuestro sensible corazón excelso
Respetarán atónitas. Placientes,
Afables recibid el testimonio
De mi sincera gratitud en tanto,
En este fiel y delicioso llanto.

No, si cien lenguas de metal robusto
Dadas me fueran, referir podría

(1) Habilitaron por cárceles (hinchidas ya las de Villa, Corte y Corona) el cuartel de San Nicolás, el de Guardias de Corps, los conventos de San Martín, San Juan de Dios y San Cayetano. Varios estuvieron a restados en sus casas. En la cárcel de Corte escribí una gramática latín por un nuevo método, muy sencillo y breve.

(2) Los ciegos y los periódicos *Atalaya* y *Procurador*.

Lo que sufrí de la soez canalla,
Negados á piedad, en oprimirnos
Constantes. En las cárceles (3) presiden
Ingratitud, perfidias, intratable
Rigor, el insensible despotismo,
Las insaciables ávidas arpias,
Peste, negro baldon de los humanos,
De que eximido por ventura fuiste;
Pero yo de sus garras infernales
Conservo todavía las señales.

¿Qué diré de los jueces, del sañudo
Mirar, la sed hidrópica y ardiente
De preguntar, reconvenir capciosos,
Para sacar al inocente reo,
Y sus palabras de amargura llenas?
¿Qué de la chusma innumera de escribas,
Sobre el pobre caudal abalanzados?
¿Y del voraz procurador y agente,
Que á la santa justicia escarneciendo,
Su angusto nombre sin pudor usurpan?
¿Qué de la espúria comisión (4), armada
Del sangriento puñal, contra nosotros
Cadalsos y presidios decretando,
Y sorda á los punzantes alaridos
Del hijo, de la esposa desolada,
De la afligida humanidad!.... ¡Oh días
De luto, horror, terror! Se buscan reos,
Resuena el nombre de la ley, el nombre;
Y el vano simulacro de defensa
Déjase ver. El infeliz letrado
Tiembra; si esfuerza la razón, perece:
Indefensos quedamos. Ya pronuncian:
Imperturbables el fallar oímos,
Imperturbables nuestra ruina vemos,
Y en la santa inocencia resignados,
Sin replicar, sin maldecir la suerte,
Sin acudir al femenino lloro,
Al ruego humillador, que á tus escritos
Y á tí degradan, oh Nason, dispuestos
Estamos á partir.... *La vista*, dices,
Tu culpa fué. La mía el pensamiento.
Por ver te condenaron, me condenan
Por opinar cuando pensar podía.
Tú relegado vas; voy á presidio
(A guisa de las Gíaras Egeas) (5);
De ciudadano el envidiable nombre
Contigo llevas, llevas sus derechos,
Y con ellos á Roma; yo, ¡cuitado!
Sin empleo, sin bienes, sin el nombre
De ciudadano voy. ¿Es, por ventura,
La culpa que del Lacio te enajena
A la mia inferior, mayor tu pena!....
Era Diciembre; deslunada noche,
Cargado el éter de pluviosas nubes,
De cerrojos y grillos descansaba
El rechimante són: los malhechores
Su misterioso dolorido canto
Suspenso al fin, al carcelario sueño
Los veladores párpados rendían.
Hé aquí que con estrépito ruidoso
De mi estrechada reclusion la puerta

(3) Me limito á las de España.

(4) Espúria por ser ilegal; sus individuos, por supuesto, de la opinión contraria y enemigos. Hubo varias.

(5) *Gíaras Egeas*. En el mar Egeo, cerca de la isla de Creta, había otra pequeña, estéril y triste, llamada *Gíaros*, y *Gíara* (hoy *Gíara*): á ésta enviaban los romanos á los malhechores, como entre nosotros al Peñón, Melilla, etc.; sin embargo, poéticamente puede usarse en plural. Juvenal dijo:

*Aude aliquid brevibus Gyaris et carcere dignum
Si vis esse aliquid....*

Que significa, traducido libre y poéticamente:

«Comete, ¡oh Fabio! acciones,
Si pretendes medrar en nuestros días,
Dignas de las Carracas y Peñones.»

Y así, está bien dicho como nuestro poeta lo ha puesto; porque en poesía es lícito y frecuente usar el singular por el plural y al contrario. Yo puedo decir:

«Si tu cerviz ante el poder no humillas,
Visitarás Carracas y Melillas.»

Súbite impelen.... *Sús*, al compañero (1)
Y á mí nos gritan; *sin tardar*, al punto
El lecho desechad.... Atropellados
Bajamos; con su séquito aparece
El enlutado escriba. «El Rey (me dice
Con imperiosa voz), el Rey, usando
De su piedad, al África te arroja,
Melilla tu mansion» (2). Y me arrebatan
Sin equipaje, sin poder, *amigos*,
Adios, adios, decir. Salgo, y empieza
El árido pulmon á refrescarse.
Cubren las avenidas los caballos,
Humo de sus narices despidiendo,
Y fuego de sus piés. Las bayonetas,
Al trémulo fulgor de los faroles,
Multiplicar su número parecen.
Los carriajes.... En aquel momento
Suben tambien los de la causa mia.
Ya, ya la escolta preparada cierra
A los que el mismo rumbo nos conduce (3).
Con los ojos enjutos, alentados
Marchamos en quietud por el camino
Que plugo en sus decretos al destino.
La fama, en tanto, la noticia anuncia
A los pueblos del tránsito. ¡Mudela!
¡Astígis!.... (4). ¡Ah! Si el débil canto mio
Del orbe por la faz se dilatara,
Vuestros obsequios y veraz acento
De boca en boca resonando fueran.
En nuestro amor y corazón sensible
Grabados vivirán. No, no me es dado
¡Oh Málaga! cantar tus alabanzas.
¡Con qué tierna expresión, con qué dulzura
A los cutizados huérfanos miraste!
¡Con qué cariño y paz nos admitiste!
¡Qué ofertas y franqueza! ¡cuánto esmero
En consolarnos! Gratitud y gozo,
Dolor y compasión, entrelazados
En fraternales vínculos andaban.
Vivir entre vosotros, ¡qué ventura!....
No es dado más. Adios; nos llama el viento;
El mar, movido, su vigor aumenta,
Y nos aguarda el África sedienta.
El espacioso campo de Neptuno
Con apacible rapidez surcamos.
El cabo de Tresforch (5), eterno guarda
Del golfo, do la proa dirigimos,
Inclinando su frente peñascosa
Nos da pasar. Avistase Melilla,
Melilla, de castillos erizada,
Del ponto bramador, del estruendoso
Viento, del implacable mauritano
Batida sin cesar. Al hueco pino
Con su diente tenaz el ancla aferra,
Y vemos ¡ay! la maldecida tierra.
De nuestros apreciables compañeros
(Otros presidios á buscar forzados)

(1) Don Miguel de Santa María, excelente mozo, tanto por su bello carácter como por sus costumbres, instrucción y talento. Salió desterrado para Cádiz.

(2) Por diez años con retención, y pena de la vida se quebrantó el presidio. También fueron quemados mis papeles, públicamente, por mano del verdugo, en la plazuela de la Cebada, al pie de la horca.

(3) En aquella noche (me parece que la del 17, ó puede ser la del 18) y mañana siguiente de Diciembre de 1815, entre doce y una de la madrugada, notificaron, y salimos al amanecer, confinados á distintos pañales casi todos los de la misma causa. Hasta el fondeadero de Melilla llegamos juntos Argüelles (don Agustín), diputado, y Álvarez Guerra, ministro de la Gobernación, destinados á Centa. García Herreros, diputado, después ministro de Gracia y Justicia, y Zorraquín, diputado. Luego oficial de la secretaría del ministerio anterior, á Alhucemas; Martínez de la Rosa, diputado, al Peñón de la Gomera; á Melilla el diputado Calatrava, Ramajo, oficial de la *Gaceta* y coeditor del *Conciso*; y yo, coeditor del mismo periódico en Cádiz, oficial de la biblioteca de San Isidro y censor de los teatros de la corte. Nos pagaron los carriajes (dos coches y un carro ca'alan), nos dieron alojamiento, de que no usamos, y doce reales diarios durante el viaje. Se nos prohibió escribir en el camino. Doy gracias á los señores oficiales de la escolta y al comandante de la polacra c. n. todos sus subalternos, por el obsequio, aprecio y distinción que nos merecieron.

(4) Ecija.

(5) Es el cabo de Tres-Forcas, en la costa de Marruecos. (Nota del Colector.)

Con acerbo dolor nos despedimos,
Y la adusta ciudad de criminales
En su breve recinto nos cobija.
Allí el Gobernador.... nos mira atento
Y con ceñido agrado nos recibe,
Y con senil acento nos saluda,
Y en un fuerte castillo nos encierra.
Ocho dias en él perseveramos,
Y á la ciudad, nuestra mansion, bajamos.

De Madrid en las públicas prisiones,
Si otra vez, los motivos ignorando,
En denegrida reclusion gemimos,
Sin trato, sin amable compañía,
Sin compasión;.... si fulminado fuera
De no escribir el rígido decreto
Hasta tocar el término de Yuba (6);
Otro aquí más infando nos persigue,
Y reclusion á reclusion sucede.
¡Oh confianza pública, sigilo
Epistolar, del mundo respetado
Y de la sociedad estrecho nudol
Desbaratada estás. Amor dichoso,
Apacible amistad, debilidades,
Franqueza, honor, virtud.... al enemigo
Todo se da; política mañosa,
De compasiva faz enmascarada,
Sus puñales hipócrita escondiendo,
En el labio rastrera se insinúa,
Por sondear y descubrir traidora
Del pensar el más íntimo repliegue....
Dime, te ruego, ¿semejante guerra
Oyera allá la tomitana tierra? (7).

¡Podrás tampoco asegurar que vencen
En barbarie tus getas á mis moros?
¡Vencen ¡oh Publio! sus volantes dardos,
Aunque las puntas aguzadas vayan
De veneno mortífero teñidas,
Al tronante cañon, que fuego, muertes,
Estragos lanza! Me dirás que nunca
Tan formidable táctica supiste.
Estúpidos alcades de Melilla,
Que morais en las íntimas regiones,
Si por ventura os deja (que lo dudo)
El subido licor del aguardiente,
Explicádselo vos, á vos lo ruego,
Estúpidos alcades de Melilla.
Basta de digresión, y prosigamos;
Pues es bien acabar lo que empezamos.

A los árticos frios, que ponderas,
Llamas ablandan y lanudas pieles.
Híelese el Istro, ¿qué te importa? Nada.
¿Es machorra la tierra?—De Melilla
El frondoso verdor tambien se ausenta,
Y es machorra la mar y sus deidades.
Aquí sin sociedad, aquí sin trato....
¿Qué trato aquí ni sociedad amable
Puedes hallar, aquí de las cadenas,
Aquí de las angustias veladoras,
Aquí de foragidos el asiento?

¿Qué sociedad entre dolientes ansias,
Rabiosos alaridos, despechados
Furores y tormentos y blasfemias,
Hambre, nudez!.... Horrorizada, Venus
Con sus gracias huyó, con sus amores;
¿Qué trato con apáticas doncellas
(Siéndolo), feas, asquerosas, flacas,
Con ojos avizores vigilando
En prender al incauto que, mañosas,
Por hambre le sitiaron y desvíos,
Para amarrarle con servil coyunda
Al yugo pesadísimo, insufrible
Del dios nupcial? Huir, huir conviene,
Su contacto evitar, siquier Cupido
Brame.... Bárbaro soy, porque ninguno
Me entiende, y mofador, la lengua mia
Escarnece el estúpido getaza....
Pues aquí ni científicos liceos,
Ni hay academias, ni el saber se aprecia;

(6) Territorio del África oriental. (Nota del Colector.)

(7) Variante:
Oiste nunca mauritana tierra?

Todos son africanos con peluca (1).
¡Suerte críuel! Si el cambio se lograra,
Yo te juro, Nason, que, arrepenido,
A tus getas bien pronto volverias.
De la calamidad al *non plus ultra*
Te pareció llegar, y te equivocas
En verdad. Porque crédito me prestes,
Escucha atento, gemebundo Ovidio,
Otro poquito más de mi presidio.

Salamanquesas, culebrones, ratas,
Y trompeteros cínifes y chinches,
Mis compañeros son y mis vecinos.
Pero las pulgas ¡y qué pulgas! andan
En cerrado escuadron, luchando alevos,
Sin jamas concedernos armisticio,
Contra muslos y brazos y pescuezo,
Saltando por los platos en la mesa,
Y ahora, ahora en el papel que escribo.
¡Qué táctica la suya! ¿Quién creyera
Su invención sin igual y su talento?
Agrúpanse á manera de pelota,
Y al ir las á coger, sin saber cómo,
Cada cual por su lado se dispersa,
Y alguna pierna en retirada pilla:
Las pulgas son los sabios de Melilla.

Así como los niños en la calle
En caballos de caña se pasean,
Y, uniformados de papel, figuran
Una marcial accion, del mismo modo
Viene á ser un remedo de comida
Lo que manjares y comida dicen.
¡Ni comemos, Nason! á lo poeta
Comemos, oh Nason, en simulacro,
Fabas, arroz, judías, agua y agua,
Viento, no quilo, dan: bien lo pregonan
Las revoltosas y rugientes tripas,
Acartonada piel, y este esqueleto,
Que al más mínimo soplo se pandea,
Como en columpio péndulo. Ya puedes,
¡Oh tú, huero filósofo de Sámoss! (2),
Alzar aquí de vegetal doctrina
La suspirada cátedra. ¡Mendigo
Diógenes, Antístenes, caterva
De ladrones cínicos, frugales,
Si vos en cuerpo transmitáis el alma,
Nosotros, que al pináculo llegamos,
El cuerpo en alma transmigrar logramos.

No por tí, por alguno que me lea
En el comercio de Melilla ducho,
Aquí dos puntos ilustrar conviene,
Y su boca tapiar á cal y canto.
«Vacas alguna vez, gallinas, huevos (3),
Y otros efectos de menor valía
Los moros....» Es verdad; y ¿quién los compra?
El alcaide, despues sus parciales,
Sin que razones en contrario valgan,
Porque vale poder, y no justicia.
Y ¡guay de aquel que á la igualdad apele!
Un gazapon, cien palos fuera poco
Para lavar tan atrevida culpa.
El verlos nada más y suspirarlos
Por su innata piedad se nos concede.
Ya que su vientre engullidor hincharon,
Ávidos tratan de animar la bolsa
Con la plata del prójimo querido.
Cuando al hambre feroz ladrar escuchan
En el caído pálido semblante,

(1) Aquí, como estamos aislados, carecemos de frecuente correspondencia, de distracciones de gentes literatas, de aficionados á las artes.... Todas las conversaciones se reducen á chinchorrias y murmuraciones; á hablar de viveres que faltan, del viento que sopla, del día en que se espera barco.... si han venido con comestibles los moros, que desde el mismo glació nos escopetean cruelmente y tienen estropeados algunos fuertes á pedradas. ¡Mala vergüenza! En tiempo de otros gobernadores no pasaban del alcance del cañon, y para cultivar el campo que está bajo de él pagaban contribución. Reconvenido este gobernador, sale con que tiene órdenes reservadas para no hacer nada: podrán ser ciertas; pero ninguno las cree.

(2) Alude á Pitágoras. (Nota del Colector.)
(3) Carneros, pasas, higos, melones, uvas, dátiles, cebollas, almendras, miel, cera, hilo, babuchas, jaiques, alfombras.... pero ya no vienen por acá.

Entonces ¡caridad maravillosa!
Empiezan á sacar sus mercancías.
Postores, vendedores, cobradores,
En una pieza son: venden y roban,
Roban y venden, y saajando impunes,
Impunes vuelven á sajar. El pobre,
A las negras arpias maldiciendo,
Así clama del íntimo: «Cadenas
Y palos para mí, porque mis manos
Una vez ¡ay! la caridad perdieron,
Una vez nada más; porque las suyas
Impenitentes son á todas horas,
Imperio, orgullo, consentido crimen,
En premio se les da. ¡Qué disonancia!
¡Rabiosa condiccion de presidarios!
Y torna á las ventiferas judías;
Al verlo, crecen las angustias mías.

«Sin distincion de crímenes
El Rey á todos la racion otorga»;
Y nunca fiel al confinado viene.
Almacenes vastísimos engullen
Lo que en nuestro poder estar debiera;
El máximo rector de la *taquilla* (4)
Su palacio-almacén, con cetro en mano,
Saúnda majestad, cuando le place (5),
Cuando se digna, por menor reparte;
Y por su voluntad.... á quién rebaja,
A quién, pródigo, aumenta, á quién suspende,
De nuestro haber dominador tirano,
Disponedor y déspota africano.

Sus cortesanos en la flor se ceban;
Desechos viles, descarnados huesos
Al desvalido dan: su poderío
Tan alto raya, tanto se remontan
Los venturosos súbditos que manda,
Que al nacer un infante le saludan
Con esta inaugural oracioncilla:
«¡Que Dios te haga oficial de la taquilla!»

Cuando á sus bienhechoras intenciones
(A los ojos del vulgo inexterables)
El ejercicio suspender agrada
De la su *taquilla* soberana,
Se cierra el almacén. ¡Ay compañeros!
Ya la media racion se nos decreta
De lo que place dar. Una semana
No espira, sin que ya los corretores
Vender ofrezcan á subidos precios
Lo mismo que faltar aseguraron,
Lo mismo que á nosotros pertenece.
En abundancia ¡tristes! percemos,
Así cual en las aguas cristalinas
De sed rabiosa Tántalo se abrasa.
Con nosotros comercian, á nosotros
Lo nuestro venden, y á provecho suyo
Nuestra costosa propiedad acrece (6).

(4) El factor; su sueldo anual, 2.000 reales. Mantiene por lo ménos á diez personas, y en un proceso que le formaron por ciertos trapicheos como los que describo, gastó hace poco en Málaga 70.000 reales segun fama, con lo que se libró del presidio á que estaba condenado, y volvió al mismo destino para hacer otro tanto.

(5) Variante:
Cuando es servido,

(6) Estos mismos géneros que venden, salen del almacén destinado para nosotros; ¿cómo es que se venden y no se nos dan á dos? El precio del vino en los almacenes es de 30 reales arroba; del tocino, 92; de harina, 29; de aceite, 63. A este precio los paga el Rey ó la nacion, á éste nos cuesta si lo sacamos del almacén, lo que frecuentemente sucede por no ser la racion muy abundante ni comp. eta. Digo que á provecho suyo nuestra costosa propiedad acrece. Las razones: porque cuando nos privan de alguno de estos géneros (y no es rara vez) nos dan abonares para cobrarlos en la veduría de Málaga; allí nos pagan el vino (parece increíble), no á razon de 30 reales arroba, como debia ser, sino á razon de 9; el tocino á 30; la harina á 14; el aceite á 40. Esta enorme diferencia, que en justicia se nos debe abonar, porque es nuestro el género, otro se la lleva; de consiguiente acrece á un provecho en detrimento del nuestro y entre tanto carecemos de artículos tan necesarios á la vida. Esta *taquilla* es un misterio y origen de males incalculables. ¡Qué agiotaje, trapicheos y manejos en ella! ¡Qué de veces se ha visto la plaza en apuros por carecer de ciertos renglones, y salir de aquí para Málaga! Mientras no calga (varias veces se ha intentado su ruina, pero en vano) ó no vayan sus operaciones expuestas con toda claridad y buena fe, y niveladas por la justicia, la miel de los desvalidos confinados será el peculio de unos cuantos zánganos....

Sic vos non videtis mellificatis apes.

Sic vos non vobis el meloso néctar
Elaborais, abejas industriosas;
Sic vos non vobis, ovejuelas mansas,
Llevais ufanas el vellon lanudo;
Sic vos non vobis, sufridores bueyes,
Andais uncidos al arado corvo;
Sic vos non vobis, inocentes aves,
Non vobis amidais. Así Melilla
En lenguaje no menos expresivo
Nos llama su plantel, sus pies de olivo.
¡En quién, dime, Nason, la suerte esquivá
Con más braveza su rigor aviva!

Con todo, pudo ser que con el tiempo,
Vedados á escucharte mis oídos,
Tus quejas indulgentes condonára.
Al fin sufriste, del hogar privado
Y de las caras prendas de tu vida.
Empero ¡por temor contradecirte!
Eso, Publio, jamás; la villanía
El generoso pecho no consiente.
¡A ti mismo negarte! ¡de tu oprobio
Ser el autor! La potestad me otorgas
Para llamarte *ruin*, y *ruines* llamo,
Y *ruines* llamaré, sin que ninguno
Audaz mi lengua reprimir consiga,
A cuantos, mi doctrina profesando,
Por sacudir la tempestad horrible
Que conmigo á los míos anegára,
Cantaron sin pudor la palinodia.
Canalla ruin, mi corazón os odia.

Ni te perdono, Publio, la menguada
Servil adoración con que tu musa,
Con trémula rodilla, con la frente
En el polvo soez, los pies inmundos
Del ausonio opresor profana lame;
Del opresor, «que sólo con su vista
Abate y alza tu fecundo genio»;
Del «celestes varón, por quien, piadoso,
Incensos odoríferos quemaste»,
Y «Mis votos escucha, le dijiste,
¡Oh máximo dios César!» por lo menos
«Tan grande como el mundo que moderas.»
«¿Qué puede haber sin tí, que despreciable,
Que vil no sea? Nada se te oculta
De cuanto pasa en el extenso mundo,
Y, dios, todo lo sabes, lo ves todo,
Todo preves...» ¡Así, Nason, hablarás,
Dime, si de tus inclitos mayores
La sangre por tus venas circulase?
Escuchándote César, fué tan bajo,
Tan débil como tú. Si ahora mismo
Dado me fuera castigar tu culpa,
¡Rastrero adulador! miéntras el aura
Tu espíritu servil vivificase,
Para escarmiento de poetas patrios
Tan viles como tú, yo te mandára,
Publio Nason, con triplicados hierros,
Atado el pie, desnuda la rodilla,
Morar en el presidio de Melilla.

CANTATAS.

I.

LA VÉNUS DE MELILLA METIDA Á PESCADORA (1816).

Viendo la Vénus morena
Del recinto melillense
Que de tantas pescadoras
Se están burlando los peces
Que van y tornan,
Tornan y vuelven,
Y nada, nada
Miseras prenden,
Por más que copos,
Por más que redes,
Cañas, anzuelos,
Cebo les echen,

A vengar tamaña injuria
Ella sola se previene,
Y guerra declara, guerra,
A los ecúoreos vivientes.

¡Pobrecitos!
Peccitos!
Esta orilla,
Sús, dejad;
Pues avanza
Y os alcanza
De Melilla
La deidad.

Y mirándose el semblante
En el espejo luciente,
De su beldad satisfecha,
Canta ufana de tal suerte:
«¡Quién, mágica hermosura,
Habrá que te resista,
Y quién de tu conquista
Se puede libertar?
¡Oh sin igual ventura,
Llamaros mis cautivos,
Ya muertos ó ya vivos,
Nadantes de la mar!
La belleza que al mundo somete,
Y á Neptuno triunfante acomete,
Os pondrá por trofeo á mis pies.
¡Qué más cebo, destreza y anzuelos
Que mis vivos flechantes ojos,
El chubasco pasando del mes!

¡Os fiais en el cuero y escamas?
Desperdicio seréis de mis llamas,
Desperdicio la verde región.

Ni en el fondo escondidos yaciendo,
Ni de mares en mares huyendo,
Nunca, nunca tendréis salvación.

Y ya la caña ondeante
Sobre sus hombros revuelve,
Mirando al cielo orgullosa
Y la tierra hollando leve.
Entrase en la Florentina,
La perdición de los peces,
Que, descuidados, el seno
Del hondo piélagos hienden.
Sobre una peña se sienta,
Y la vaga vista tiende
Por las hondas apacibles
Que sus plantas humedecen.

La lienza arroja... ¡qué dicha!
Picó el pez, primera muerte;
La doblada caña apenas
El peso fausto sostiene.
Será la doblada,
Hembrilla, dorada,
Cornuda, delfín.
Ya, ya se divisa;
El es... ¡Ay qué risa!
Un roto botín.

Entonces en ira ardiendo,
Cual provocada serpiente,
Deja el sitio pateando
Y maldiciendo su suerte.

De abajo á arriba se rasga
El guardapiés transparente,
Y las moriscas babuchas
De los pies se le desprenden.
Una súbita oleada

En el fondo las sumerge,
Para ser un día pesca
De otra Vénus melillense.
Ella descalza, desnuda,
Sin pesca, sin atreverse
A mirar, avergonzada,
Por donde vino se vuelve.

Melilla! Tu Vénus ahora
Desnuda por ser pescadora,
Que sea tu vivo ejemplar.

Desnuda jamás te miraras
Si en ocio la edad no pasaras
En vez de coser y fregar.

II.
LUCHA ENTRE LA LEY Y EL DERECHO

favorecido por el amor, y el duelo sostenido por el honor ó la opinión y Marte.

La ley reprueba el reto
Y le defiende honor;
¿Qué hacer en tal aprieto?
¿A cuál me inclinaré?
¿Será que su rigor
Mi flaco aliento venza?
¡Oh Dios! ¿de qué vergüenza
Cubierto me verá!

Después, por otra parte,
Esquivale mi amor;
El belicoso Marte
Bramando en ira está.
Con Marte vas, honor;
Amor, con el derecho....
¿A cuál, á cuál mi pecho,
Decid, se rendirá?

Me incita,
Me inflama
La llama
De amor.
Me grita
El acento
Sangriento
De honor.
Lloroso,
Ni puedes,
Ni cedes,
Amor.

Furioso
Me elevas,
Me llevas,
Honor.
Placiente
Me ablandas....
Tú mandas,
Amor.

Valiente
Me agrandas....
Tú mandas,
Honor.
Rendiste
Mi pecho,
Derecho
Y amor.

Asiste
Con su arte,
Dios Marte
Y honor.
Mi sien plácido corona
Con tu lauro, honor triunfante,
Y á mi amante
Ansias tantas
Con él premia, y tanto ardor.

Mi adorado bien, perdona,
Entre tanto que gozoso
Y amoroso
A tus plantas
Llega Marte y el honor.

III.

AL CASAMIENTO DE DOÑA TERESA ÁLVAREZ
DE GUZMAN, PALAFOX, ETC.

Tu benéfica luz, padre del día,
Almo sol, apresura,
Y con ella la pura,
La plácida alegría,
Gustada nunca del mortal profano;
Descienda al corazón de dos amantes
El fuego soberano,
El fuego que, en suspiros anhelantes,
Su corazón despide,
Y recreada la virtud preside,

Oyóme.... ¡cómo gira
Con ala vagarosa
Ufano Amor en torno de la hermosa!
Ya, ya oficioso llega,
Y cortés la retira
Del seno maternal, y á su querido
En premio se la entrega
De la constante fe. Compadecido
De su largo penar y su deseo,
Genial himeneo
Las teas entre cánticos inflama,
Las puertas abre y al altar los llama.

Venid, venid, esposos,
De amor, de honor dechado,
Al término fijado
Por vuestro corazón.
Los fuegos venturosos
Desháganse en delicias;
Que el cielo entre caricias
Os da su bendición.

No bien el Himeneo terminado
Su ministerio había,
Ya la Fecundidad aparecía,
Llamando á los esposos vigilante.
Matrona augusta, de gentil semblante,
La sien de mirto y arrayan cercada,
En su diestra reposa
El inmutable cetro de los mundos,
Que puebla portentosa.

«¡Oh hijo de la noble Celtiberia!
Escucha la voz mía;
Escúchala, Teresa bienhadada,
De aquellos derivada
Que en la marcial porfia
Al atroz agareno domeñaron,
Y al Africa lanzaron
Al imperioso horror y tiranía;
A mi reino venis. Yo, poderosa,
Mi virtud os imprimo,
Y á padres os sublimo.»

En diciendo, los besa cariñosa
Y el tálamo les muestra; complaciente
A la virgen la túnica descifre,
Y el velo misteriosa
Levanta, Satisfecho
Amor entonces, con su arpon dorado
Traspásales el pecho,
El férvido se agita,
Ella también y de pudor palpita;
Palpita, y luego siente
Por su faz sonrosada
El virgineo color de la viola,
Que da á los suyos la modestia sola.

¡Oh felice cautiverio,
Cuyos lazos
Vuestros brazos
En estable paz serán!
¡Oh de amor benigno imperio,
De amor casto,
Que os enciende,
Que defiende vuestro afán!

La suprema deidad, alborozada
Del insigne ornamento
Añadido á su imperio soberano,
Les toma de la mano,
Así cantando con amigo acento:

«De vuestra unión sagrada,
Que al cielo aplace tanto,
Ya veo el fuego santo
De Thémis renacer;
» De Thémis, que, si armada,
El crimen abomina,
Al justo patrocina
Con todo su poder.

» De foragidos ávidos,
Contra los choques duros,
Inexpugnables muros
La patria ve salir.
» Espíritus impávidos,
Robustos balliartes,
Por quienes ciencia y artes